

PROMESAS O JURAMENTOS

Hay un punto en el que quiero insistir, puesto que lo considero como parte importante en la educación que le damos a las nuevas generaciones, sobre todo si evaluamos su trascendencia en la existencia de todos los hombres. Veremos que es normal en nuestras vidas como católicos. Este punto se refiere a la manera en que nos relacionamos con Dios.

Ciertamente es que la fe en la voluntad de Nuestro Padre es fundamental para cumplir con el precepto esbozado en el Génesis y que es uno de los pilares de la relación que debemos establecer con Él. En el primer capítulo de este libro se dice: y hubo luz... Y creó Dios los grandes monstruos marinos y todo animal viviente...

En el séptimo día, Dios creó al hombre... “y vio que era muy bueno”, lo creó para gobernar lo antes creado: el mar, las estrellas, las plantas, los animales. Si revisamos el significado de la palabra “gobernar”, esta quiere decir “administrar”, que en términos más específicos involucra cuidar, hacer crecer, usar con razonamiento.

Ello nos muestra que Dios ha dado al hombre un papel superior sobre otros seres y le ha dejado además muchos bienes, entre ellos, por supuesto, el principal es Jesús, quien se convierte en un bien en la medida en que lo hacemos presente en la vida

cotidiana y que lo llevemos en nuestro ser, independientemente en el sitio en el que nos encontremos, aquí me refiero al trabajo, la familia, con los amigos, etc. Otro rasgo incluido en el mencionado capítulo y que también se menciona después de la creación de cada elemento del universo es “**y vio que era bueno**”.

Entonces, es necesario que los acontecimientos que ocurren en nuestras vidas, buenos o malos, alegres o tristes, agradables o desagradables, certeros o desconcertantes, sean aceptados como parte de los planes de Dios y no como castigos o hechos que nos hacen sufrir y que nos llevan a hacer ante sus intercesores o ante Él mismo **juramentos o promesas** que se convierten en una negociación cargada de desconfianza.

En primer lugar debemos recordar que el amor de un padre hacia sus hijos es incondicional, imaginemos ahora la grandeza del amor de Nuestro Padre Dios, si nosotros como seres humanos nos sentimos capaces de amar sin esperar cobrar a nuestros seres queridos por el afecto que despiertan en nosotros. ¿Por qué habría de hacerlo Él? Si nosotros nos consideramos incapaces de dañar a quienes amamos, ¿cuánto más Él que ha dado a su hijo por nosotros para salvarnos?

Pero al parecer, ante las dificultades de la vida, la primera reacción

muy humana, por supuesto— es preguntar ¿por qué a mí? ¿Cómo puedo quitarme este dolor? ¿Qué hago para evitarlo? Y entonces, llevados por la desazón producida por aquello que lastima el corazón y todo el interior de la persona, muchos feligreses ofrecen a cambio de su paz interna, “**sacrificios**” que van desde la abstinencia de algún alimento hasta recorrer largos tramos de rodillas para llegar al templo.

Estos actos reflejan la concepción de un Dios castigador, vengativo, capaz de tomar represalias y de negociar con el dolor humano. ¿Es este el Dios que profesamos en el Credo?

¿Qué muestran los sacrificios cuando el ofrecimiento es sobre otra persona?

Por ejemplo, se ofrece que los hijos pequeños vistan hábitos religiosos (en algunos países), acudan a la iglesia o no se les corte el pelo durante largo tiempo. ¿No es esto una ofrenda como las de las primeras comunidades humanas que ofrecían sacrificios a los dioses para evitar su enojo?

¿Es esto lo que Nuestro Padre Dios quiere? Pensemos un poco en **la salvación**, palabra que quiere decir salud, bienestar, eso significa que Él ha planeado nuestro bienestar y que ante los acontecimientos, para nosotros incomprensibles, tales como la pérdida de un ser querido, las condiciones precarias en las que vivimos,

Él las ha concebido como parte de nuestra vida y como pasos que nos llevan a ser humildes de corazón al dejar a un lado los sentimientos de omnipotencia, apego y soberbia que como humanos vamos albergando en nuestros corazones.

Dios ha dicho: “Si caminan según mis preceptos y guardan mis mandamientos poniéndolos en práctica, les enviaré las lluvias a tiempo para que la tierra de sus frutos y el árbol del campo su fruto. El tiempo de trilla alcanzará hasta la vendimia, y la vendimia hasta la siembra; comerán pan hasta saciarse y habitarán seguros en su tierra” (Lev. 26, 3-5)

¿Y cuáles son esos preceptos? **“Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todo tu ser”** (Mt. 22, 37-38)

Si Dios está con nosotros y un ser querido se ha ido lejos o ha muerto; en el primer caso podemos pensar que también está en los planes de Dios que esté lejos, quizá para valorar nuestra presencia o pulir las partes egoístas de su personalidad al tener que enfrentar solo(a) los problemas de la vida diaria. Visto así el mismo hecho se convierte en oportunidad de crecimiento, de independencia y de autorrealización. ¿Qué mejor dicha que el saber que aún en nuestra ausencia nuestros seres queridos son capaces de continuar con sus vidas’.

Otro precepto más es el **“Amarás a tu prójimo como a ti mismo.**

¿Es así como esos padres que ofrecen a sus hijos, los aman? Al actuar

así, se olvidan de lo que en sus oraciones diarias –espero que así sea- piden al decir... “Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu Nombre; **Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo...**”

(Mt. 6,10) Y se olvidan de lo que piden, porque por un lado al repetir el Padre Nuestro dicen que aceptan la voluntad de Nuestro Padre y por otro piden que “cambien de trabajo a la que me cae mal y rezaré 10 rosarios”, “que a la suegra la trasladen a otra provincia y atenderé a mi marido”, “que me den el trabajo de fulano y ahora sí iré a misa los domingos”, hasta preguntarse: ¿Por qué me casé con esta pareja que no me comprende ni me ama ahora?, queriendo doblegar la voluntad de Dios a un deseo de que todo gire alrededor de la persona, que todo esté dispuesto para que no tenga que hacer un esfuerzo, para que tenga el “éxito” que se merece. Además, convierten la alabanza a Dios en moneda intercambiable, cuando el sentido de la oración debiera ser el de diálogo y acercamiento a Él.

Los verdaderos sacrificios que son agradables a Dios son aquellos que nos llevan a mostrar a otros que Jesús es parte nuestra; que el amor que por Él hemos recibido está en nuestros corazones, que somos capaces de perdonar a quienes nos ofenden, que ese amor que tenemos nos permite ver en otros su rostro y no sólo en el de aquellos quienes nos

halagan, sino también en aquellos que nos levantan falsos testimonios, en los que nos han robado algo, en quienes nos han obstaculizado nuestros planes, ya que ellos son instrumentos, las más de la veces dolorosos, que nos llevan a la libertad al no necesitar ni su reconocimiento, ni su aceptación sino sólo la aceptación y reconocimiento de Nuestro Padre.

Sólo entonces estaremos en posibilidad de amar a Dios sobre todas las cosas. “Pidan y se les dará; busquen y encontrarán; llamen y se les abrirá.

Porque todo aquel que pide se le dará, el que busca, encuentra; y al que llama se le abrirá” (Mt. 7, 7-9)

De igual manera, se nos invita a cada uno de nosotros a seguir comunicando nuestra experiencia de fe con peticiones y promesas que podamos cumplir. Yo que lo pido soy quien debo cumplirlo, no debemos cargar en la conciencia de los hermanos muchas de las veces enfermas a las que les cargamos “el cumplimiento de las “promesas” malamente dicho “juramento” ya que **NO DEBEMOS**

JURAR pidiendo a Dios promesas que no vayamos a cumplir.

Pedir es sano, saber pedir es del hombre que tiene fe y que sabe que a Dios no le gusta que su cuerpo sea mutilado o maltratado por el cumplimiento de alguna promesa o como muchos llaman “juramento”.

De niño recuerdo que mis padres nos llamaban la atención, corrigiéndonos

sanamente, cuando decíamos
entre hermanos (porque somos
hermanos y todos vivos,
gracias a Dios, al igual que
nuestros padres...) "te juro en
nombre de Dios que...". Eso
bastaba para llamarnos y
explicarnos que eso no
deberíamos
hacer ni expresar en juegos de
niños,
mucho menos de mayores. Y
si queríamos
pedir alguna promesa a Dios
que la cumpliéramos, no
lastimando
nuestro cuerpo
(arrastrándonos por
el piso, cargando piedras o
alguna
planta espinosa, entre otras
cosas) para ir a los santuarios
religiosos, o haciendo largas
caminatas por haberlas
prometido, o no cortarnos el
pelo hasta recibir de Dios lo
que le pedimos...Dios
escucha nuestras plegarias
cuando las hacemos
desinteresadamente.
Cuando tenemos doble
intención, Dios sabe lo que
hay en nuestra mente y
corazón y con la intención con
que le hablamos.
Sanemos nuestra relación con
Dios y prometamos lo que
podamos cumplir. ¿Por qué no
prometes visitar al vecino
enfermo, saludar al hermano
de la comunidad que no te
habla, ofreciendo un tiempo
razonable al día para hacer
oración personal, ayudando a
limpiar la casa de los ancianos
que viven solos y nadie se
preocupa por ellos, ayudando
en las obras asistenciales de la
comunidad parroquial...?
Cuando se pide un trabajo
voluntario, que muchas veces
es obligado,...tenemos que
ir...
¿Por qué, entonces, no hacer
mi obra de caridad
voluntariamente con un

compromiso personal
conmigo mismo y con Dios?
NO es necesario anunciar mis
promesas a viva voz. Si
quieres hacerlas, ten voluntad
de cumplirlas y sé discreto(a)
que Dios ve y conoce
tu corazón.

**Colaboración de P. Daniel Panduro
Fragoso, mg
Párroco de Nueva Paz**